

(Transcripción)

Rocca di Papa, 19 de agosto de 1984

Discurso de Juan Pablo II en el Centro Mariápolis

Tengo que daros las gracias, tengo que agradeceros por este encuentro, que podemos definir extraordinario. (Aplausos)

Era algo extraordinario (se ríe) venir aquí desde Castel Gandolfo porque he pensado: los focolarinos no vienen a Castel Gandolfo, ¡tengo que ir yo! (Aplausos)

Os agradezco, pues, por este encuentro que es extraordinario también por su contenido. He podido sobre todo visitar vuestra residencia, vuestro Centro Mariápolis que abraza a todos los focolares del mundo. He podido hablar con Chiara y con todas sus colaboradoras y colaboradores en este Centro. También hemos presenciado este otro testimonio artístico, en el que se aprecia que ese amor que está en el corazón de vuestro Movimiento, desarrolla todos los valores humanos: valores de la belleza, valores del arte, que están perennemente destinados a expresar lo más profundo del ser humano, que es espiritual, que es humano y diría también que es divino.

En este encuentro he podido acercarme un poco más a lo que constituye el carisma específico de vuestro Movimiento; o bien podría decir: a ese ‘cómo’ el amor -el amor que es el don del Espíritu Santo, que es la expresión del espíritu humano, su virtud, su virtud, su mayor virtud-, cómo ese amor es el que constituye el carisma propio y la especificidad de vuestro Movimiento.

Es bueno que hayáis encontrado ese camino, esa vocación al amor, es bueno. Yo, escuchando también estos testimonios, me doy cuenta de algo que constato desde hace años y cada día: que en el mundo de hoy, en la vida de las naciones, de la sociedad, de los ambientes, de las personas, el odio, la lucha es muy fuerte, es programática. Entonces el amor es más fuerte, el amor es más fuerte que todo ello: ésta es vuestra fe, y ésta es la chispa inspiradora de todo aquello que se hace bajo el nombre: ‘focolar’, ‘focolarinos’, de todo aquello que sois, de todo aquello que hacéis, que realizáis en el mundo. El amor es más fuerte, es una evolución.

Esto es también el radicalismo del amor. En la historia de la Iglesia hay muchos radicalismos del amor, todos ellos casi contenidos en un supremo radicalismo de Cristo Jesús, de él mismo. Han habido muchos radicalismos del amor, muchos santos: un radicalismo de un san Francisco, otro radicalismo - digamos- de un san Ignacio de Loyola y muchos otros hasta nuestros días; otro radicalismo de un Charles de Foucauld. Existe un radicalismo vuestro del amor, uno vuestro, de Chiara, de los focolarinos; un radicalismo que descubre la profundidad del amor y su sencillez; un radicalismo que descubre todas las exigencias del amor en las diferentes situaciones y que trata de hacer vencer siempre este amor en circunstancias diversas, en cada circunstancia. Podemos decir que vuestra evangelización empieza por el amor para llegar a Dios; muchas veces se empieza por Dios para llegar, tal vez, al amor. Vosotros habéis encontrado esta fórmula maravillosa, como esa fórmula de san Juan: “Dios es amor”.

Os deseo, pues, que sigáis adelante, que sigáis por el mismo camino. Ya tenéis una dirección. Veo que vosotros seguís de modo muy auténtico esa visión de la Iglesia, esa autodefinición que la Iglesia ha hecho de sí misma en el Concilio Vaticano II. Veo por eso muy fructíferos vuestros contactos en la dimensión ecuménica; en la otra dimensión, los contactos con nuestros hermanos no cristianos de otras religiones, que tienen sus riquezas religiosas. Y después con el mundo secularizado de los no cristianos, de los no creyentes, es más, de los ateos agnósticos, en todas partes. El amor abre el camino; yo espero que este camino se abra cada vez más en la Iglesia gracias a vosotros.

Y habiendo dicho esto, pienso que no tengo que añadir nada más. (Aplausos)

Entonces os digo como Dios creador el día de la creación del hombre y de la mujer: “Crescite et multiplicate”.

¡Alabado sea Jesucristo!